

Xavier Andreu Miralles, *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Barcelona, Taurus (Taurus Historia), 2016, 396 págs.

Los estudios sobre procesos de nacionalización y construcción de identidades están muy en boga últimamente. Procedentes en su mayor parte de historiadores o politólogos, apenas prestan atención o centralidad a los textos literarios, o bien los usan de manera colateral y no siempre muy correcta. La monografía de Xavier Andreu es una llamativa excepción y está llamada a sobresalir y permanecer. El autor revisita un tema muy conocido, pero pocas veces tratado de forma tan comprensiva y sistemática, ni con tanta claridad conceptual. Su material básico son escritos literarios, para constituir «un libro de historia cultural» (pág. 14), opción que defiende frente a la reacia práctica de los historiadores contemporaneístas, gremio al que él mismo pertenece. He de decir, desde la orilla filológica, que Andreu se maneja con toda soltura en la historia literaria, acumula análisis de toda clase de autores y géneros sin dar ningún traspie, y algunos de sus estudios monográficos de escritores (particularmente los de *Carmen* de Mérimée, Zorrilla, Fernán Caballero o Ayguals de Izco) son excelentes y con sólidos criterios personales. Sumemos a eso una escritura clara y elegante, y una impresionante documentación primaria y secundaria, pero aclaremos también que esta magnífica monografía no alcanza su valor en la información acumulada, conocida en buena parte, sino en la finura de sus lecturas y en su capacidad para estructurar el marco conceptual que la ilumina. Todo cobra así otro sentido, un sentido mejor.

En el delicado nudo que tal vez resulte más crucial para este cometido, el que atañe al modo de entender el concepto de nación, Andreu se adscribe a la corriente que, siguiendo la estela de Benedict Anderson, las considera artefactos construidos por las comunidades humanas mediante creencias subjetivas en unos determinados marcos históricos, políticos y territoriales, huyendo del esencialismo, pero también de la cándida pretensión de que, porque sean entes imaginados, carezcan de realidad efectiva y consecuencias palpables. Así, el eje central que articula el libro presenta los rasgos que definirán la identidad española desde el siglo XIX como una compleja negociación entre la mirada romántica europea —que proviene de los estereotipos anteriores de la leyenda negra y de la Ilustración, pero adquiere un carácter diferente y más poderoso a comienzos del nuevo siglo— y la reacción de los intelectuales españoles que hubieron de aceptar, rechazar o modificar esa mirada, y ponerla de acuerdo con sus propias

[413]

*AnMal*, XL, 2018-2019, págs. 413-417

expectativas y prejuicios nacionalistas. En ese sentido, se separa de acercamientos que optan unilateralmente por analizar la mirada extranjera o la española. «El proceso de construcción nacional fue, desde sus inicios, una gran empresa internacional» (página 329). La alteridad es dialéctica, igual que la identidad, lo cual obliga a «estudiar la producción, circulación, negociación e interiorización de imágenes y estereotipos nacionales desde una perspectiva transnacional» (pág. 330). Y ese estudio, por otro lado, rechaza entrar en el debate sobre el origen y responsabilidad última de estas imágenes, para plantearse solo cómo se articula el diálogo entre los diferentes actores y cuáles son sus consecuencias.

Así pues, la pregunta que este volumen pretende responder es «¿cómo influyó el mito romántico de España en el proceso de construcción de su identidad nacional?» (pág. 13). Una identidad, cabe insistir en ello, que en muchos de sus componentes sigue vigente en los imaginarios propios y ajenos, y genera efectos en nuestra vida civil y política. A partir de esa pregunta, sin embargo, cabe precisar que el estudio versa esencialmente sobre la concepción de una España «oriental», verdadero núcleo del mito español en el romanticismo europeo. Ese tema supone la materia central de dos de las tres partes que componen el libro, aunque luego la temática se abre a cuestiones concretas que van más allá. Merece ponerse de relieve, porque el título elegido es más genérico y no acota específicamente ese contenido. La tesis, en ese sentido, es que el nuevo mito español «el elemento más destacado» fue «su orientalización. En la Europa romántica, España siguió funcionando como un “otro” fundamental del relato de la modernidad occidental. Se situó en el espacio liminar en el que se cruzaban axialmente Norte y Sur, Oriente y Occidente» (págs. 39-40).

La primera parte («En el sur de la modernidad») es más panorámica y recapitula los procesos de formación de caracteres nacionales anteriores al XIX, y en particular durante el XVIII. En lo relativo a este último siglo, el autor desde luego extrae y expone las líneas argumentales que sirven a su propósito, y lo hace con solvencia, aunque inevitablemente a un dieciochista le resultan en exceso simplificadas, y ciertas caracterizaciones literarias un tanto descentradas, como hacer de Meléndez Valdés un defensor de la sencillez «popular» y el bucolismo «rural», que es una lectura muy limitada de sus anacreónticas. Pero no es cuestión de detalles, sino de grandes trazos, que son siempre correctos. En esa parte también se hace un sutil y aleccionador análisis sobre el trascendente cambio operado en la visión orientalizante del sur continental. En la Ilustración no se negaba el carácter europeo a esos países al homologarlos a países despóticos árabes u otomanos, sino que se les achacaba errores propios que los habían conducido a esa situación. No *eran* como Turquía, solo *habían llegado a ser* como ella.

La historia es una variable fundamental de la argumentación, pero en ella los caminos recorridos por los países del Sur y las naciones orientales nunca llegan a cruzarse. Esto es, sin embargo, lo que empezó a cambiar desde la segunda mitad del XVIII y, sobre todo, a partir de los inicios de la siguiente centuria (pág. 71).

Este cambio implica pasar de una teoría de la historia a una teoría de la identidad. Es en ese segundo nivel donde el Romanticismo opera su transformación, por encima de la semejanza superficial con imágenes ya repetidas en tiempos pasados. Andreu describe esto con agudeza como una «nueva relación con la temporalidad, que transformó todos los lenguajes del periodo» (pág. 71). También en esa parte se efectúa un

profundo estudio del mito de Carmen, que muestra las ambigüedades sexuales e irracionales en la construcción del «otro» (págs. 96-106). Se siguen así líneas esenciales del mito de España hasta la racialización de esos caracteres nacionales ya en la segunda mitad del XIX.

La segunda parte muestra el otro lado del espejo en la visión oriental de España explicando cómo los autores españoles la procesaron. Se habla de Agustín Durán, Alcalá Galiano, el duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Hartzenbusch y Zorrilla, evocados por sus distintas maneras de enfrentarse al pasado musulmán y a las oscilaciones de la identidad española entre la herencia cristiana y la oriental. Frente a lecturas más unilaterales del mito de la España musulmana, Andreu advierte de que, junto a la idealización del pasado árabe y la supuesta tolerancia medieval, ese mismo pasado «siguió funcionando como un “otro” fundamental en la construcción de la identidad nacional española» (pág. 149), tanto entre reaccionarios como entre liberales que usaban lo oriental «como una metáfora política del despotismo» (pág. 149). En ambos casos, además, hubo que manejar la estrecha identificación que en la idea de españolidad se producía con el cristianismo. Ese era un factor casi insoslayable, a través del que habría de canalizarse en la mayor parte de los casos cualquier elemento oriental del pasado o del carácter de la nación.

En esa dirección interpreta el *Abén Humeya* de Martínez de la Rosa, que «nunca reconoce al “otro” islámico su legitimidad, sino que lo dibuja atravesado por una serie de rasgos constitutivos que lo hacen incompatible con el progreso y la libertad» (pág. 150). El contraste entre un Islam cruel y vengativo y un cristianismo de amor y compasión «es también un lugar común en la literatura española romántica ambientada en el pasado andalusí» (pág. 153). Andreu entronca en este caso con la corriente historiográfica que ha venido caracterizando el liberalismo español como ligado consustancialmente a la catolicidad del Estado, de la ciudadanía y, en última instancia, de la nación, aunque eso se hiciera compatible con una visión moderna de las libertades y derechos civiles. La contribución árabe a la identidad nacional hubo de integrarse en esa visión, en equilibrios a veces enrevesados y en diálogo con la mirada extranjera. Ese es un planteamiento mucho más productivo que suponer dos relatos enfrentados, uno conservador y otro progresista. En *Los amantes de Teruel* lo que destaca «es el uso que hace Hartzenbusch del pasado oriental de la Península para articular su propuesta íntimamente ligada a una interpretación progresista y liberal del cristianismo» (pág. 158). En *Doña Isabel de Solís* de Martínez de la Rosa señala el peso entre los liberales moderados de un cristianismo entendido como base del orden social y la cohesión nacional: «era el mecanismo propicio para moderar las pasiones del pueblo español, para evitar que se comportara como un pueblo “oriental”» (pág. 167). Un análisis parecido estructura el magnífico capítulo dedicado a Zorrilla, donde destaca «la admiración por el legado andalusí», pero también que «ese espíritu nacional [inspirado por aquel] es sublimado y purificado por el cristianismo [...]. De este modo, la fascinación por el pasado oriental se transmuta en una cruzada moral para exorcizarlo» (pág. 171).

En general, Andreu ofrece una visión restrictiva del elemento oriental en la identidad nacional construida por nuestros románticos, que ve sobre todo como un patrimonio del moderantismo, pero subordinado a una exaltación del orden y la unidad cristiana, y un puente histórico con que vincular pasadas grandezas con nuevos proyectos imperiales, como la guerra de África en 1859. «Para muchos autores, la afirmación de la modernidad española pasaba por celebrar, absorber y purificar los logros andalusíes,

bañándolos en las aguas del bautismo» (pág. 194). Cabe igualmente destacar, porque es una constante en todo el libro, que el autor presta mucha atención a la polaridad política entre moderados y progresistas, pero también con reaccionarios y republicanos. Las cambiantes posiciones de poder justifican muchas de las actitudes y cambios ante la construcción de la imagen nacional y Andreu extrae particular rendimiento interpretativo a dichas posiciones. Es en ese nivel donde la mirada de un historiador resulta particularmente fructífera para un análisis literario que los filólogos suelen tender a descontextualizar.

Pero en esa negociación entre tradiciones y miradas contrapuestas Andreu se aventura también a detectar rasgos del devenir literario español. Así, tras plantear las teorías de Agustín Durán que celebran lo mejor de la historia literaria española como «amalgama» frontera de lo oriental y lo europeo, y algunas ideas subsiguientes en la misma línea, proyecta alguna reflexión de mayor calado histórico-literario:

[...] quizá la tendencia al «eclecticismo» que han destacado los especialistas como propia del Romanticismo español no se explique tanto por un déficit o miedo hacia la nueva estética literaria, sino precisamente como una forma de entenderla que incide en su capacidad para fundir principios (o géneros y formas) diversos (pág. 138).

Es una interesante propuesta que amplía en otros lugares con textos de Alcalá Galiano o el duque de Rivas, y del que va deduciendo una cierta teoría del Romanticismo español que prioriza lo que este tiene de capacidad de mestizaje. No se abunda mucho más, pero ahí está apuntada otra posible relectura del alcance y la naturaleza del Romanticismo literario español, siempre en el alero crítico por sus presuntas contradicciones o insuficiencias.

La parte tercera del libro, que se aleja ya del orientalismo —quizá solo en apariencia—, explora temas, figuras y tópicos que acabaron constituyendo la visión tópica del país, el nuevo casticismo que cristaliza como identidad nacional. Es la parte en que se desciende más a los detalles, prestando atención a una gran cantidad de piezas literarias que muestran distintas actitudes ante esos elementos. El problema central es cómo gestionar figuras que parecían incompatibles con el espíritu moderno y el progreso, y por tanto dejaban el carácter nacional al margen de la Europa moderna y la moral burguesa. Andreu se propone superar lecturas binarias que inciden en el macrorrelato nacional de las «dos Españas», demasiado simplificador: «resulta un error interpretar la relación que mantuvieron los españoles con la mirada romántica a partir de una supuesta fractura irreconciliable entre casticistas y europeístas» (pág. 200). El estudio comparado de Mesonero y Larra le sirve para un primer cuestionamiento de estas dicotomías menos sólidas de lo que parecen. Ambos situarían su reflexión sobre el carácter nacional y la necesidad de conservarlo o reformarlo en el ámbito de las clases medias urbanas, en plena transformación.

Un capítulo estudia las figuras de la masculinidad, centrándose en donjuanes y bandoleros, para pasar en el siguiente a los modelos de feminidad. Andreu relata los intentos del liberalismo de aceptar el tópico romántico de la mujer española, pero rechazando de plano la inmoralidad y carnalidad que aquel le atribuía. A pesar de ello, la mera reiteración del arquetipo convertido en parte del carácter nacional «daba visibilidad a un modelo de feminidad que discutía la domesticidad liberal. Un modelo de feminidad *nacional*, nacido de la respuesta y negociación del estereotipo romántico

y legitimado durante el proceso, más independiente, más pasional, más feliz y menos doméstico» (pág. 246). Analiza también la vida de la bailarina irlandesa conocida como Lola Montes, por ser «ilustrativa de la capacidad performativa de esta representación de la mujer española» (pág. 248). Y el contrapunto lo pone el modelo alternativo de mujer católica construido por Fernán Caballero. No podían faltar las fiestas de toros, tratadas en el tercer capítulo de esta parte. Como es sabido, «fue durante el romanticismo cuando se consumó una unión entre toros y nación española que todavía sigue vigente en el imaginario nacional e internacional de nuestro tiempo» (pág. 260). El eje lo sitúa en el distinto valor que se fue adjudicando al pueblo según las circunstancias políticas. Como con los majos y los bandoleros, fue el liberalismo progresista el sector más empeñado en atribuir a los toros un carácter nacional. El siguiente capítulo versa sobre bailes y espectáculos musicales «nacionales», en una gama que recorre aspectos muy diversos e incide en particular sobre las tonadillas, las zarzuelas y el proceso previo a la creación del flamenco; en él se otorga también un lugar destacado a los gitanos como tipos nacionales españoles y al andalucismo general de esa imagen nacional española. El último capítulo se refiere a la construcción literaria del pueblo tomando como referencia a dos autores significados por posturas políticas antagónicas, Fernán Caballero y Wenceslao Ayguals de Izco.

El resultado final de este volumen redunda en un saludable escepticismo sobre esas identidades nacionales, que fabricamos, intercambiamos y falseamos a diario, mientras creemos (o afectamos creer) que son eternas, autónomas y esencialmente diferentes a las demás. En la introducción el autor observa con perspicacia cómo en la reciente crisis económica resurgieron en Europa los estereotipos nacionales sobre los países del sur: egoístas, indolentes, desorganizados, inclinados a la fiesta y entregados al fatalismo. Eso sustituía preguntas más comprometidas sobre la organización política, económica y financiera de Europa entera, y es obvio que tales estereotipos han funcionado también en dirección sur-norte. Las construcciones identitarias proveen explicaciones fáciles y maniqueísmos simples que nos dividan autocomplacientemente en «nosotros» y «ellos». Uno querría pensar que libros tan acertados como este, que sin sectarismos ni tomas de partido nos muestran la fragilidad de las esencias y la trastienda de su fabricación, sirven de antídoto para sus peligros. La buena investigación histórica —y esta lo es, sin duda— no vale solo para satisfacer curiosidades intelectuales u onanismos gremiales, sino que nos debería poner en alerta para navegar por el mundo en que vivimos. Pero no conviene confundir escepticismo con ingenuidad y generalmente las cosas no funcionan así, de modo que nos tendremos que conformar con que el libro surta buenos efectos al menos en el terreno académico, para lo que recomiendo vivamente su lectura.

Fernando Durán López

